



DACRE STOKER
J.D. BARKER

DRÁCUULA

EL ORIGEN



DRÁCULA. EL ORIGEN



DACRE STOKER

y

J. D. BARKER

TRADUCCIÓN DE
JULIO HERMOSO



 Planeta

Título original: *Dracul*

© Dacre Stoker and J. D. Barker, 2018

© por la traducción, Julio Hermoso, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Imágenes del interior:

Mapa: © Meighan Cavanaugh, 2018

Pág. 555: © Noel Dobbs, 2012. Cortesía de Bram Stoker Estate Collection

Págs. 556, 558 y 562: © Noel Dobbs, 2008; fotofacsímiles © 2008 por The Rosenbach Museum & Library EL3f .S874d MS

Pág. 561: © Dacre C. Stoker LLC

Pág. 563: © E. Willis, 2018

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19515-3

Depósito legal: B. 18.379-2018

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



PRIMERA PARTE



Tengo la plena convicción de que los sucesos aquí descritos acontecieron realmente, no cabe la más mínima duda, por increíbles e incomprensibles que puedan parecer a primera vista.

BRAM STOKER, *Drácula*

Extraído del prefacio original descubierto recientemente, eliminado antes de su publicación

Oí una extraña risa, estridente, como el tañido de una campanilla de cristal: era su voz. Aún me estremezco con ella, esa voz femenina en absoluto humana.

BRAM STOKER, *Makt Myrkranna*



AHORA

Bram tiene la mirada fija en la puerta.

El sudor le gotea por la frente fruncida. Se pasa los dedos por el cabello húmedo; el dolor le palpita en las sienes.

¿Cuánto tiempo lleva despierto? ¿Dos días? ¿Tres? No lo sabe. Cada hora se funde con la siguiente, un sueño febril del que no hay un despertar, sólo un dormir, un sueño más profundo, más oscuro...

¡No!

No puede pensar en dormir.

Se obliga a abrir mucho los ojos. Se empeña en abrirlos y evita el menor parpadeo, ya que cada guiño es más pesado que el anterior. No puede haber descanso, ni sueño, ni seguridad, ni familia, ni amor, ni futuro, ni...

La puerta.

Debe vigilar la puerta.

Bram se levanta de la silla, el único mueble de la habitación, con los ojos clavados en la puerta de roble macizo. ¿Se ha movido? Creía haberla visto temblar, pero no se había oído nada. Ni el más leve de los ruidos quebraba el silencio en aquel sitio; sólo se oía su propia respiración y el inquieto golpeteo de su pie contra el frío suelo de piedra.

El picaporte permanece inmóvil, las ornamentadas bisagras tienen el mismo aspecto, probablemente, que hace un siglo; el cerrojo aguanta firme. Hasta que llegó allí, jamás había visto un cerro-

jo semejante, forjado en hierro y moldeado en el sitio. El propio mecanismo forma un todo con la puerta, asegurado con firmeza en el centro con dos pestillos grandes que salen a derecha e izquierda y encajan en el marco. Tiene la llave en el bolsillo, y seguirá en el bolsillo.

Los dedos de Bram se aferran a la culata de su rifle Snider-Enfield Mark III, el índice juguetea sobre el guardamonte. En las últimas horas, ha cargado el arma y ha tirado del cierre de la recámara para liberarla más veces de las que recuerda. La mano libre se desliza por el acero frío y se asegura de que el cerrojo está en la posición adecuada. Tira del percutor.

Esta vez lo ve: una leve ondulación en el polvo de la rendija entre la puerta y el suelo, un sople de aire, nada más, pero es un movimiento.

Sin hacer ruido, Bram deja el rifle y lo apoya contra la silla.

Mete la mano en la cesta de mimbre que tiene a la izquierda y coge una rosa blanca silvestre, una de las siete que quedan.

El quinqué, la única luz de la habitación, parpadea con su movimiento.

Cautamente, se aproxima a la puerta.

La última rosa yace consumida en el suelo, con los pétalos pardos, negros y cargados de muerte, el tallo seco y enfermizo con unas espinas que parecen más grandes que cuando la flor aún tenía vida. El hedor de la putrefacción se eleva; la rosa ha adquirido el aroma a carroña de la flor de lagarto.

Bram aparta la rosa vieja de una patada con la punta de la bota y deposita la flor nueva con suavidad en su sitio, apoyada contra la parte baja de la puerta.

—Bendice, Padre, esta rosa con tu aliento, con tu mano y todo lo que es santo. Envía a tus ángeles a cuidar de ella y guíalos para que mantengan a raya todo mal. Amén.

Al otro lado de la puerta se oye un estruendo, el sonido del impacto de media tonelada contra el roble viejo. La puerta se comba,

y Bram retrocede hasta la silla de un salto, su mano recoge el rifle y apunta conforme cae sobre una rodilla.

Entonces, todo vuelve a estar en silencio.

Bram permanece inmóvil, apuntando con el rifle a la puerta hasta que el peso del arma le hace flaquear. Baja el cañón y recorre la estancia con la mirada.

¿Qué pensaría alguien que entrase y presenciara aquella escena?

Ha cubierto las paredes con espejos, unas dos docenas de ellos, de todas las formas y tamaños, todos los que tenía. Su rostro cansado le devuelve una mirada multiplicada por cien cuando su imagen rebota de un espejo a otro. Bram intenta mirar para otro lado, pero no consigue sino encontrarse mirando a los ojos a su propio reflejo, cada rostro marcado con unas líneas que pertenecen a un hombre mucho más mayor que sus veintiún años.

Ha clavado cruces entre los espejos, casi cincuenta. Algunas tienen la imagen de Cristo, mientras que otras son poco más que unas ramas que ha cogido del suelo, ha clavado y ha bendecido él mismo. Continuó con las cruces por el suelo, primero con un trozo de tiza, después raspándolas directamente sobre la piedra con la punta del cuchillo de caza hasta que no quedó superficie libre. No tiene la seguridad de que con eso baste, pero es cuanto podía hacer.

No se puede marchar.

Lo más probable es que nunca lo haga.

Bram recorre el camino de vuelta a la silla y se acomoda.

Fuera, un somormujo chilla cuando la luna sale y se esconde tras unas densas nubes. Saca del abrigo el reloj de bolsillo y suelta una maldición: se le olvidó darle cuerda, y las manecillas interrumpieron su trayecto a las cuatro y media. Se lo vuelve a meter en el bolsillo.

Otro estruendo contra la puerta, éste mayor que el previo.

Bram aguanta la respiración mientras sus ojos vuelven a recorrer la puerta justo a tiempo de ver el polvo, que baila en el suelo y se posa de nuevo sobre la piedra.

¿Cuánto tiempo podrá contener semejante asalto esta barrera?

Bram no lo sabe. La puerta es sólida, eso está claro, pero las arremetidas son cada vez más feroces con cada hora que transcurre, la determinación de escapar crece conforme se aproxima lentamente el amanecer.

Los pétalos de la rosa ya han empezado a pardear, mucho más rápido que la última.

¿Qué será de él cuando eso de ahí revienta por fin la puerta? Piensa en el rifle y en el cuchillo, y sabe que de poco le servirán.

Ve su cuaderno de notas en el suelo, junto al cesto de las rosas; se le debe de haber caído del abrigo. Bram recoge el librito encuadernado en cuero, destrozado, y va pasando las páginas con el pulgar antes de regresar a la silla sin quitarle ojo a la puerta.

Tiene muy poco tiempo.

Saca un lápiz del bolsillo del pecho, pasa las páginas hasta llegar a una en blanco y comienza a escribir a la temblorosa luz del quinqué.

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

Las peculiaridades de Ellen Crone. Es ahí, por supuesto, por donde debería empezar, ya que ésta es su historia tanto como la mía, y puede que más aún. Esta mujer, este monstruo, este espectro, esta amiga, este... ser.

Siempre estaba allí cuando la necesitábamos. Mis hermanos y mi hermana mayor así lo atestiguarían. Pero es en el cómo donde uno debería centrar sus indagaciones. Estaba allí en mis comienzos, y sin duda estará en mi final, así como estuve yo en el suyo. Tal fue nuestro baile, y siempre lo será.

Mi encantadora Nana Ellen.

Su mano siempre tendida, aun cuando clavaba las uñas y manaba la sangre.

Mis comienzos, qué horroroso fue aquello.

Desde mis primeros recuerdos, fui un niño enfermizo, indispuerto y postrado en cama desde mi nacimiento hasta mi séptimo año, cuando me sobrevino la cura. Ya hablaré de esta cura largo y tendido, pero, por ahora, es importante que el lector entienda el estado en el que pasé aquellos primeros años.

Nací el 8 de noviembre de 1847, hijo de Abraham y Charlotte, en un hogar humilde en el número 15 de Marino Crescent en Clontarf, Irlanda, una pequeña localidad costera situada a poco

más de seis kilómetros de Dublín. Con el lindero de un parque al este y las vistas del puerto al oeste, nuestro pueblo adquirió notoriedad como el emplazamiento de la batalla de Clontarf en el año de 1014, en la cual los ejércitos de Brian Boru, gran rey de Irlanda, derrotaron a los vikingos de Dublín y a sus aliados, los irlandeses de Leinster. Esta batalla se considera el punto final de las guerras entre irlandeses y vikingos, una cruenta conflagración marcada por la muerte de miles de personas en esa misma costa a la que se asomaba mi habitación. En años más recientes, Clontarf se descubrió como el destino preferido de los adinerados irlandeses, un paraje vacacional para quienes deseaban escapar de las multitudes de Dublín y disfrutar de la pesca y los paseos por nuestras playas.

Tengo Clontarf idealizado, no obstante, y en 1847 era cualquier cosa menos ideal. Era una época de hambruna y enfermedad en toda Irlanda que se había iniciado dos años antes de mi nacimiento y no encontró alivio hasta 1854. El *Phytophthora infestans*, también conocido como el tizón de la patata, había empezado a devastar las cosechas en los años cuarenta, y creció hasta convertirse en una abominación en la que Irlanda perdería el veinticinco por ciento de sus habitantes a causa de la emigración o la muerte. Cuando yo era niño, esta tragedia estaba en su apogeo. Pa y Ma nos trasladaron al interior en 1849 para escapar del hambre, las enfermedades y la delincuencia; el aire fresco, esperaban ellos, obraría en beneficio de mi frágil salud, pero lo único que trajo consigo fue más aislamiento, y quedaron más distantes aquellos sonidos del puerto que mis tiernos oídos buscaban. Para Pa, su paseo diario hasta el despacho en el castillo de Dublín no hizo sino extenderse mientras se moría el mundo a nuestro alrededor y una húmeda urdimbre de dolor se posaba sobre todo cuanto allí quedaba.

Yo veía acontecer todo esto desde mi cuarto en el ático, en lo alto de nuestra casa, conocida como Artane Lodge, como un simple

espectador que dependía de que los relatos de mi familia le explicaran cuanto tenía lugar más allá de nuestros muros. Veía a los mendigos cuando saqueaban los nabos y las coles de los huertos de nuestros vecinos, cuando se llevaban corriendo los huevos de nuestro gallinero con la esperanza de ahuyentar el hambre una noche más. Miraba mientras ellos tiraban de las prendas de la colada tendida de unos desconocidos, todavía húmedas, para vestir a sus hijos. A pesar de todo esto, siempre que podían, mis padres y nuestros vecinos abrían las puertas de sus casas e invitaban a estas personas menos afortunadas a pasar para tomar una comida caliente y refugiarse de la tormenta. Desde mi humilde nacimiento, el lema de los Stoker, «Cuanto sea correcto y honorable», se me inculcó y sirvió de guía absoluta en nuestro hogar. No éramos una familia acomodada, ni mucho menos, pero nos iba mejor que a la mayoría. En el otoño de 1854, Pa, que era funcionario, trabajaba sin descanso en las oficinas del secretario jefe en el castillo de Dublín tal y como había hecho en los últimos treinta y nueve años después de haber comenzado en 1815, con sólo dieciséis años de edad. Pa era considerablemente mayor que Ma, algo en lo que no reparé hasta que fui un adulto. El castillo era la residencia del lord teniente de Irlanda, y su oficina gestionaba la correspondencia entre las agencias gubernamentales inglesas y sus homólogas irlandesas. Pa se pasaba el tiempo catalogando estas comunicaciones, que variaban desde los mundanos asuntos del día a día del país hasta las respuestas oficiales sobre temas relacionados con la pobreza, la hambruna, los problemas de salud, las epidemias, las enfermedades del ganado, los hospitales y las prisiones, el malestar político y las revueltas. Si albergaba algún deseo de evitar los problemas que acuciaban en nuestros tiempos, no podía; estaba inmerso en el centro de todo ello.

Ma era miembro no numerario de la Sociedad Irlandesa de Investigación Social y Estadística, una organización con mucho peso en las campañas de alimentos y los intentos de ayudar a los desfa-

vorecidos en Dublín, un puesto anteriormente reservado para hombres. No pasaba un solo día sin que regatease con una vecina por la leche para después cambiársela a otra por una tela. Gracias a sus esfuerzos había comida en la mesa de nuestra familia numerosa y sirvieron de ayuda para alimentar a infinidad de gente que cruzaba nuestro umbral en aquellos tiempos de necesidad. Ella mantenía nuestra familia unida, y ahora lo veo, ya de adulto, pero mi yo de siete años habría atestiguado lo contrario. Les habría contado a ustedes que ella me encerraba en mi cuarto y sacrificaba mi felicidad a cambio del aislamiento de los males del mundo, contraria a permitir la más mínima exposición.

Nuestra casa quedaba a un lado de Malahide Road, una calle pavimentada con piedra extraída de la cantera que hay cerca de Rockfield Cottage. Yo estaba confinado en el ático, cuyas ventanas apuntadas eran mi única vía de escape, pero desde aquellas alturas alcanzaba a ver mucho —desde las tierras de labranza que nos rodeaban hasta el puerto distante en un día claro—, incluso la torre en ruinas del castillo de Artane. Veía el ajetreo del mundo a mi alrededor, una obra teatral cuyo único espectador era yo, al haberse impuesto mi asistencia por mi enfermedad.

¿Qué me aquejaba, se preguntará el lector? Se trata de una pregunta sin una verdadera respuesta, ya que nadie fue capaz de decirlo con certeza. Fuera lo que fuese, mi desgracia dio conmigo al poco de mi nacimiento, y se aferró a mí con sus malditas garras. En mis peores días, era para mí una hazaña cruzar la habitación; el esfuerzo me dejaba sin resuello, al borde de la inconsciencia. Una simple conversación agotaba las escasas energías que tuviese; después de pronunciar apenas unas frases, con frecuencia palidecía y me quedaba frío al tacto mientras el sudor se me asomaba por los poros, y me ponía a temblar al entrar mi propia humedad en contacto con el aire del mar. A veces me palpitaba el corazón con fuerza en el pecho, irregular, como si el órgano buscara el ritmo y no pudiese hallarlo. Y los dolores de cabeza: me sobrevenían y se mantenían,

día tras día, como un cinto que me apretase la cabeza bajo la parsimoniosa mano de un demonio.

Me pasaba los días y las noches en mi pequeño cuarto del ático, preguntándome si mi último anochecer acababa de quedar atrás y si me despertaría para ver el rocío del alba.

No estaba completamente solo en el ático; había otras dos habitaciones. Una pertenecía a mi hermana Matilda, de ocho años en aquella época, y la otra la ocupaba nuestra niñera, Ellen Crone, que compartía su cuarto con el pequeño Richard, mi hermano recién nacido y su más apremiante ocupación.

El piso que había debajo del mío albergaba el único excusado que había dentro de la casa además de la habitación de mis padres y un segundo cuarto que ocupaban mis hermanos Thornley y Thomas, de nueve y cinco años, respectivamente.

En la planta baja podíamos encontrar la cocina, un cuarto de estar y un comedor con una mesa lo bastante grande para acomodar a toda la familia. Había también un sótano, pero Ma me prohibía bajar jamás aquella escalera; allí teníamos almacenado el carbón, y la exposición al polvo podía enviarme a la cama durante una semana. Detrás de nuestra casa había un viejo establo de piedra. Allí teníamos tres gallinas y un cerdo, todos atendidos por Matilda desde que cumplió los tres años. Al principio les ponía nombres a los cerdos, pero allá por la edad de cinco años se percató de que alguien le cambiaba las gorrinas más grandes por otras más pequeñas al menos dos veces al año. A los seis, se dio cuenta de que aquellos mismos cerdos iban camino del carnicero y acababan en nuestro plato de la cena. Entonces dejó de ponerles nombre.

Por encima de todo aquello, Ellen Crone observaba.